

## Al servicio de un encuentro entrañable y fecundo

*Carta del Superior General  
a los Hijos de la Caridad*

He aquí unas sencillas reflexiones sobre nuestra caridad pastoral. Con ellas desearía, en primer lugar, confirmar nuestra manera de situarnos como religiosos y pastores en la Iglesia, con nuestra diversidad interna pero también con nuestras opciones pastorales comunes, que nos identifican como Hijos. Aparecen concretamente en los proyectos apostólicos comunitarios y en las cartas de misión que cada equipo ha recibido del superior mayor correspondiente. Una de estas opciones, que creo podría resumirlas todas, yo la llamaría: **una pastoral para el encuentro entrañable y fecundo con el Señor y con los pobres**. He elegido esta puerta de entrada, además de por sus resonancias bíblicas, porque me parece especialmente pertinente en el momento actual de la Iglesia.

En segundo lugar, me ha parecido bueno invitar a todos a reflexionar sobre este tema después de un año en el que nos hemos sumergido de manera especial en nuestra espiritualidad y en la experiencia religiosa y apostólica del P. Anizan. Su caridad pastoral es el mejor fruto de su vida. Nosotros estamos llamados a recrearla permanentemente en cada tiempo y lugar.

Una tercera razón -pero no la menos importante- han sido las solicitudes que de diversas maneras nos dirigen los laicos que beben en nuestras mismas fuentes y comparten con nosotros un mismo carisma y una misma misión. También ellos están llamados a vivir esa caridad pastoral hoy, “según la manera del P. Anizan”.

En lo que a la acción pastoral se refiere, el contexto eclesial actual es complejo y diverso. La concepción de la relación “Iglesia-mundo” en la mayoría de la Iglesia, y muy en especial en la vida religiosa, sigue guiada por las orientaciones del concilio Vaticano II. Pero, también es cierto que se puede encontrar de todo. Algo que preocupa a no pocos Hijos es constatar que en algunos lugares reaparecen maneras de entender esa relación que parecían haber quedado superadas. A veces, se diría que están más cerca de aquel “fuera de la Iglesia no hay salvación” que del conciliar “*el gozo y la esperanza, la tristeza y la angustia de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de todos los afligidos, son también gozo y esperanza, tristeza y angustia de los discípulos de Cristo y no hay nada verdaderamente humano que no tenga resonancia en su corazón*” (G.S. 1) Una razón más para revigorar nuestra identidad eclesial y confirmar el lugar de nuestro carisma y de nuestro ministerio en la Iglesia.

Seguiré tres pasos: en primer lugar, unas breves reflexiones teológicas; seguidas de otras de orden pastoral, en torno a nuestra caridad pastoral como camino de encuentro entrañable y

fecundo con el Señor, para nosotros y para aquellos a los que deseamos servir; y terminaré con unas llamadas de atención para nuestra vida religiosa, recordando algunas orientaciones del Capítulo.

## **I. Una teología**

Permitidme, pues, comenzar con unas notas de orden teológico, solo para recordar las bases en las que se apoyan nuestras prácticas y orientaciones pastorales. Siempre hay una teología detrás de una práctica. Es saludable identificarla y explicitarla, aunque sea de manera muy sucinta. Creo que esa teología gira en torno a tres claves: la Alianza, el amor trinitario y una visión de la creación y de la gracia. Las tres nos revelan el amor de Dios, cuya expresión más acabada es la encarnación, la muerte y la resurrección del Hijo de Dios.

### **1. La fuente de la misión: el amor trinitario**

El amor que hemos de testimoniar es el de Dios Trinidad, y tiene una doble vertiente. Por un lado, arde como llama luminosa en el seno de las tres personas de la Trinidad, en un movimiento permanente de don y de recepción. Por otro lado, es un amor que se despliega en la humanidad y el cosmos, en la economía de la salvación. La importancia de esta afirmación de la fe está en que nuestra misión no tiene su origen en la necesidad de unos hombres, a los que habría que salvar. Una concepción así, finalmente basada en nuestra generosidad, podría dar a nuestra acción un cierto tinte de superioridad. Todo cambia cuando tomamos conciencia de que el origen de la misión no está en la necesidad del hombre sino, si podemos hablar así, en la “necesidad” que Dios mismo tiene de entrar en relación con todo hombre, para entregarle su Amor y su Vida. En ese sentido, la acción apostólica no es una opción, fruto de una decisión generosa, sino connatural a la Iglesia, como lo es a Dios mismo. Así lo afirma el concilio Vaticano II: *“La Iglesia peregrinante es, por su propia naturaleza, misionera, puesto que tiene su origen en la misión del Hijo y la misión del Espíritu Santo, según el plan de Dios Padre”* (Ad Gentes, 2)

Por consiguiente, nuestra primera preocupación (y ocupación) ha de ser sumergirnos en el corazón amoroso de la Trinidad, aceptando la relación a la que nos invita, personal y comunitariamente. No puede haber acción apostólica creativa y fecunda si no cultivamos esa inmersión en el corazón del amor de Dios a través de la oración, de la meditación, de la reflexión y el discernimiento comunitarios, para impregnarnos con las actitudes, el sentir, el pensar, el actuar del Hijo Buen Pastor, expresión acabada del amor trinitario. *“¡Que el Maestro bueno me haga suyo por entero! Es la oración que con más frecuencia le dirijo. Hablamos del mal del cielo, yo tengo el mal de Dios. Quisiera sumergirme en su adorable Trinidad y establecer en ella mi hogar para siempre.”*, exclama el P. Anizan (Carta a una dirigida, 30/12/1920) ¿Cómo podríamos si no entrar en sus planes y ponernos a su servicio como apóstoles y pastores?

### **2. Servidores de una Alianza**

Como sabemos, el Dios en quien creemos se nos ha dado a conocer a través de una alianza, que él desea sellar con el hombre y que renueva sin cesar. Su deseo es que quede inscrita en los corazones para siempre, convirtiéndose así en camino de salvación. *“Vienen días en que yo pactaré con la casa de Israel y la casa de Juda una nueva alianza... pondré mi Ley en su*

*interior y sobre sus corazones la escribiré, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo” (Jer. 31, 31-33)*

La Iglesia se presenta como la porción de humanidad que ha dicho sí a la invitación de Dios de sellar con el hombre una “nueva y eterna alianza”, a través de Jesús muerto y resucitado. Ella acepta ser su pueblo, pertenecerle por entero. La nueva alianza así sellada en Jesucristo, es definitiva y renovada cada día en el sacramento de la Eucaristía: *“Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros” (Lc, 22, 20 ) “Pues cada vez que coméis este pan y bebéis esta copa, anunciáis la muerte del Señor hasta que venga” (1Cor. 11, 26)* Una alianza no solo propuesta a unos pocos, a una elite de elegidos, sino a todos los hombres. *“Recordad cómo en otro tiempo vosotros, los gentiles según la carne... estabais excluidos de la ciudadanía de Israel y extraños a las alianzas de la Promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Mas ahora, en Cristo Jesús, vosotros los que estabais lejos, habéis llegado a estar cerca por la sangre de Cristo” (Ef. 2, 11-13)*

Pero, aceptar la invitación del Señor lleva en sí una misión. La Iglesia no es solo beneficiaria de la alianza, sino su portavoz. Su misión es ser instrumento para que Dios pueda encontrar a todo hombre y “aliarse” con él. La forma en que esa alianza se realice se le escapa, pues es conducida por el Espíritu. No se le pide controlarla, sino anunciarla, proponiéndola “en nombre” del Señor a través del testimonio de su propia experiencia.

Toda la historia de la fe es en definitiva una historia de confianza entre Dios y el hombre, como ocurre en toda auténtica relación. A diferencia de un contrato, donde cada parte intenta protegerse, la alianza se basa en una relación de confianza. Pero, ésta tiene una particularidad fundamental: que una de las partes, que es además quien toma la iniciativa, es Dios mismo, el siempre Fiel. Lo cual quiere decir que la eventual infidelidad de la otra parte no pone en cuestión esa relación por parte de Dios. Así lo muestra la historia de la salvación. Por un lado, aparece sin cesar la voluntad divina de entrar en una relación de amor mutuo con su criatura y, por otro, un deseo más o menos explícito y consciente del hombre de responder afirmativamente, pero, constantemente tachado de infidelidad. Dios, con gesto fuerte y suave a la vez, le va pacientemente renovando su fidelidad, probándole su amor y fortaleciendo así en él la fe y la confianza. Hasta la prueba definitiva: la encarnación de su Hijo, sus gestos y palabras salvadores, especialmente entre los pobres y excluidos, su muerte y resurrección por todos. Esto tiene una consecuencia para la Iglesia: su manera de actuar con aquellos que están llamados, como ella, a encontrar al Señor, debe reflejar lo que ella misma ha experimentado por parte de Dios: fidelidad, fortaleza, paciencia, suavidad, confianza. En nuestro caso, con los pobres y trabajadores.

### **3. Una teología de la creación y de la gracia**

Cuando un grupo de pastores dice que la vida del barrio en el que viven y trabajan es lugar de encuentro con Dios, están expresando una teología de la creación y de la gracia, de profunda raigambre eclesial. Cinco afirmaciones para subrayar sus principales rasgos:

**- El mundo (y nosotros en él) es el fruto del amor de Dios.** Y esto vale para toda la realidad creada. Con esta afirmación estamos diciendo, entre otras cosas, que “lo natural”, “lo mundano” no es “malo”. Ni lo contraponemos a “lo sobrenatural”, que sería “lo bueno”. Una

idea, como sabemos, que se fue incrustando en una cierta teología de influencia platónica y dualista, todavía presente en el subconsciente de muchos sectores eclesiales. En la Biblia, lo natural es obra del amor de Dios. Lo que no es su obra es el pecado. *“Vio Dios cuanto había hecho, y todo estaba muy bien” (Gen. 1, 31)*

- **Toda la realidad lleva la huella de su Espíritu**, el cual trabaja sin descanso y sopla donde y como quiere. *“Derramaré mi Espíritu sobre toda carne”*, recuerda Pedro en Pentecostés, citando al profeta Joel (Hech. 2, 17). Dicho con palabras de Teilhard de Chardin: *“En todas las criaturas, sin excepción, Dios nos asedia, nos penetra, nos amasa. Le creíamos lejano, inaccesible, y he aquí que vivimos sumergidos en sus pliegues ardientes. “En El vivimos...” Verdaderamente, como decía Jacob al despertar de su sueño, el Mundo, este Mundo palpable, que miramos con el desinterés y el irrespeto reservados a los lugares profanos, es un lugar sagrado. ¡Y nosotros no lo sabíamos! ¡Venid y adorad!” (El Medio divino, pp. 133-134, edición francesa)*

- **El pecado no procede de la naturaleza, sino del mal uso que el hombre hace de la libertad**, cuando se rebela ante su creador. Por un lado, existe una fragilidad en el hombre y en el mundo que es propia de su condición de criaturas, la cual produce a menudo sufrimiento. Y, por otro, hay una fractura que se produce entre el hombre y Dios, entre el hombre y el mundo y entre el hombre y su semejante, producto del mal uso de la libertad humana, cuando se cierra al amor, en cuyo caso el sufrimiento que produce tiene su origen en el pecado del hombre.

- **La gracia es ofrecida por Dios a la libertad del hombre**, para darle la posibilidad de caminar hacia El, de encontrarse con El. Es el fruto del amor reparador y salvador realizado en Jesucristo, muerto y resucitado. El Espíritu del resucitado acompaña y guía esa historia de amor, inmerso en la realidad del mundo, unas veces dejándose sentir, más como brisa suave que como huracán, (I R 19, 11-13), otras en la oscuridad y el silencio, según la experiencia de todos los místicos de ayer y de hoy.

- **La Iglesia existe porque ha experimentado ese don de Dios**. Su reacción primera es de gozo y de reconocimiento (en los dos sentidos de la palabra: toma de conciencia y acción de gracias). De esa experiencia de gozo surge la necesidad de testimoniarlo y de practicarlo a su vez, colaborando con la obra del Espíritu. La comunidad cristiana, es así signo visible y expresión social del don que Dios hace de sí mismo a la humanidad, pero sabe que no es la propietaria de ese don, sino su servidora.

## II. Caridad pastoral

Esta visión teológica tiene una expresión pastoral, que encontramos en todos nuestros proyectos como Hijos de la Caridad, sean cuales fueren sus particularidades culturales, geográficas o ministeriales. Tiene una característica: está tan lejos de una visión ingenua y prometéica del mundo, como de una visión pesimista que vacía a éste y a la historia de la presencia misteriosa del Espíritu. Retomémosla en cinco breves afirmaciones:

- La humanidad, el universo, nuestros barrios y sus gentes, sus luchas y trabajos, sus gozos y esperanzas, son fruto del amor de Dios, que los contempla con mirada misericordiosa.

- Hay una fragilidad y un sufrimiento, en nuestro mundo y en nosotros mismos, que procede de nuestro ser de criaturas. Aceptarlo y asumirlo humildemente nos abre al amor de Dios. No es

identificable con el pecado, no nos descalifica humanamente, al contrario, nos recuerda que somos criaturas amadas por Dios. Así, los hombres y la realidad “secular”, objeto de nuestra acción pastoral, son “tierra sagrada”, bendecida por Dios. La caridad pastoral empieza por reconocerlo y, al mismo tiempo, por constatar y ayudar a comprender, con gozo, que el hombre y el mundo no son “Dios”, sino criaturas.

- En cambio, hay en la realidad unos desgarros (entre las personas, en las estructuras sociales, en la Iglesia, en cada uno de nosotros) que son fruto del mal uso de la libertad, que nos encierra en una espiral egoísta que rechaza el amor ofrecido. La caridad pastoral libra una permanente batalla contra ese pecado y sus consecuencias, que crea desolación y destruye la obra de Dios. Una batalla que se libra, tanto en el interior del propio apóstol y en la Iglesia, llamados a una permanente conversión, como a su alrededor, en las personas y en las estructuras.

- Pero Dios, el siempre fiel, ofrece permanentemente la gracia de su amor a la libertad del hombre. Nadie está jamás perdido para Dios. Nuestro mundo está atravesado por el Espíritu de Dios, que sigue actuando y sanando, en un permanente Pentecostés. El pastor debe sacarlo a la luz, proclamarlo y abrir caminos para que cada vez más hombres se dejen guiar por El.

- Nuestro Instituto, nuestras parroquias y comunidades, están llamados a ser signo y conciencia viva de ese Amor de Dios por el mundo, que experimentamos con gozo. De ahí surgen el testimonio, la acción transformadora, el canto y la celebración. El lugar privilegiado para realizarlo es allí donde el tejido humano está más roto, ya sea a consecuencia de la fragilidad del hombre como criatura, ya sea a causa del pecado.

## 1. Posibilitar un encuentro entrañable y fecundo

Es ese Dios, que quiere revelarse y adecuar nuestro mundo y sus gentes a su sueño, el que estamos llamados a anunciar. Nuestros equipos, las parroquias y comunidades que acompañamos, deben dejarse moldear por El. Nuestras acciones y estructuras, toda nuestra vida debe reflejarlo. Para que ello sea posible, debe operarse permanentemente el encuentro con El. La imagen bíblica que me viene espontáneamente a la mente es la del encuentro amoroso y fecundo entre el hombre y la mujer. Podemos decir que el objetivo de todo acto pastoral es hacer posible el encuentro de unos hombres y mujeres concretos con el Señor. Un encuentro que es siempre **entrañable** (se vive con las entrañas, con lo más hondo de nuestro ser) y **fecundo** (es generador de vida y esperanza).

Si no posibilitamos ese encuentro y si, éste no tiene consecuencias reales a nuestro alrededor, en el sentido del sueño de Dios, que Jesús explicita con sus gestos y palabras, no habrá acto pastoral. Podrá haber actividades piadosas, religiosas o sociales, pero no pastoral. El único modelo, como el P. Anizan insiste una y otra vez, es el de Jesús buen pastor, que acerca a las muchedumbres a Dios, para que vivan la misma relación que él tiene con el Padre: *“Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas y las mías me conocen a mí, como me conoce el Padre y yo conozco a mi Padre... También tengo otras ovejas, que no son de este redil...”* (Jn. 10, 14-16) *“Aquel día comprenderéis que yo estoy en mi Padre y vosotros en mí y yo en vosotros”* (Jn. 14, 20)

## 2. Rasgos de una pastoral del encuentro

Concretemos un poco más algunos rasgos de una caridad pastoral que esté al servicio de este encuentro, pensando sobre todo en las comunidades que acompañamos, que son su verdadero

sujeto. Son rasgos que creo se han ido decantando a lo largo del tiempo en la mejor experiencia pastoral de la Iglesia, y también de nuestro Instituto. Solo los apunto, pero sugiriendo que cada cual, personalmente y sobre todo en equipo, pueda continuar enriqueciéndolos y desarrollándolos. Una forma de obedecer a nuestro último Capítulo, cuando nos pide: *“Trabajar y reflexionar los fundamentos evangélicos de la caridad pastoral”* (p. 10)

a) *Estar con El para ser enviados.*

Insisto: su base es una experiencia de amor de Dios, personal y comunitaria, provocada por un Jesús que ha salido a nuestro encuentro. Siempre se traduce en amor por este mundo y esta humanidad, verificado en el amor por los pobres y los más heridos de nuestros hermanos. En nuestro caso, un amor por las muchedumbres formadas por los y las que *“se ganan el pan día a día con el sudor de su frente”*. Aquejados del *“mal de Dios y del mal del ministerio del pueblo”*, resumía nuestro fundador.

*“Subió al monte y llamó a los que él quiso: y vinieron donde él. Instituyó Doce, para que estuvieran con él, y para enviarlos a predicar con poder de expulsar los demonios”* (Mc. 3, 13-15). Nunca hemos de separar lo que en el evangelio siempre va unido. Por un lado, la acción pastoral y apostólica se sustenta en una fuerte y cuidada experiencia de “estar con él”. Esto es así en cada uno personalmente, en nuestros equipos y en las comunidades y grupos que acompañamos. Se alimenta en la oración y en la vida sacramental. Y, por otro, si es oración cristiana, si la comunidad hace realmente la experiencia de estar “con él”, saldrá a su vez al encuentro del mundo, consciente de ser enviada por el Señor, continuando de otra forma la relación con él, que le precede.

b) *Como discípulos.*

Ponerse al servicio del encuentro del Señor con los hombres, exige, pues, la actitud del discípulo. El discípulo es enviado, *“como el Padre ha enviado al Hijo”* (Jn. 17, 8), para lo cual ha de dejarlo todo, siguiendo los pasos de su Señor (Mt. 10, 16). Conducido por el mismo Espíritu (15, 26-27), dará los mismos frutos (Jn. 15, 16) seguro de que El le acompaña siempre en la misión (Mt. 28, 19-20).

Su primera preocupación será aprender a ponerse a los pies del Maestro, escuchar, meditar su palabra, comprender e identificarse con sus gestos, como María la de Betania. Esa actitud debe acompañarle siempre, pues si la abandona, corre el riesgo de quedarse en una generosidad humana, no forzosamente dirigida por los sentimientos del Maestro sino por los suyos propios o por cualquier otro maestro. Y lo más probable es que caiga en un activismo sin dirección, que se retroalimenta a sí mismo.

Si es un discípulo de Jesús, no pretenderá encerrarse con él en una especie de burbuja intimista, pues le escuchará decir: *“tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber... lo que hagáis a uno de estos hermanos míos más pequeños a mí me lo hacéis”* (Mt 25, 31-46). El discípulo se pone a los pies del Maestro, pero siempre en medio del mundo y de los hombres, especialmente los más heridos, lugar privilegiado por donde el Señor habla. Como nos lo recordaba Fredy Kunz en su conocida carta a una joven amiga: *“Algún día, hija mía, encontrarás a alguien sin belleza alguna que atraiga la mirada, como un desperdicio de la humanidad. Cuando eso ocurra, no huyas, no temas, acércate, ponte de rodillas y di: “¡Habla, Señor!” Y el Amado te susurrará cosas inefables, hermosas, te dirá al oído un secreto maravilloso. Ese día recibirás el mejor regalo de tu vida”*.

El P. Anizan lo comprendió muy bien y nos lo dejó en multitud de textos y ejemplos como una marca que debe identificarnos como pastores Hijos de la Caridad. Por solo citar uno, pensemos en su meditación pastoral sobre Mateo 15, 29-39 (Misereor super Turbam, “Selección de Cartas y E.E., p. 150 y ss): el Maestro y los discípulos están en medio de las muchedumbres, que se acercan al Señor en busca de salvación, apoyados unos en otros. El Maestro las acoge y las sana a través del gesto pastoral por excelencia, la com-pasión de Dios, reconocida con gozo y alabada por el pueblo. Un gesto pastoral vivido comunitariamente, como muestra la continuación de la secuencia, donde Jesús invita a los discípulos a seguirle en esa compasión, que culmina en el gesto eucarístico de la multiplicación de los panes.

*c) Comunidades enraizadas en un mundo preciso.*

El sujeto de la acción pastoral, decía más arriba, es siempre comunitario, lo cual no anula, muy al contrario, la experiencia y el envío personal. Una comunidad que está enraizada en un mundo, en un lugar preciso, que comparte las condiciones de vida de otros muchos hombres y mujeres, creyentes o no, que se hace sus mismas preguntas y se enfrenta a los mismos desafíos: en un barrio, en el trabajo, en la escuela, en la familia, en el mundo de las ideas, de la política, de la economía... De ninguna manera puede pretender vivir en un “mundo a parte”. Si así lo hiciera, estaría negando toda posibilidad de encuentro “entrañable y fecundo”, al estilo de Jesús. Cuatro características me parecen esenciales a la hora de comprender esa presencia:

- Su principal preocupación es promover vida allí donde es más precaria o donde está herida: los más pobres, los tejidos sociales más destruidos o más débiles.
- Su presencia “entrañable” está hecha de “com-pasión” (Mc. 6, 34), de acogida, de disponibilidad, meditando y dejándose guiar por el ejemplo de los encuentros de Jesús en el evangelio (Mc. 1, 40-45; Lc. 7, 11-17; Jn. 4, 7 y ss; etc.)
- Se deja “afectar” por el encuentro, se hace vulnerable, como Jesús ante la hemorroisa (Mc. 5, 23-24) o ante la mujer sirofenicia (Mc. 7, 24-30), pues el Espíritu actúa a través del otro. Una historia común se hace así posible. No sale del encuentro igual que entró en él. Ni el otro tampoco.
- De todo ello surgen palabras y gestos que transmiten ánimo, valor, esperanza, e invitan a seguir caminando y creciendo en humanidad ante Dios y ante los otros.

*d) Comunidades que se dan criterios de comportamiento al interior y al exterior.*

La comunidad cristiana que apuesta por un verdadero encuentro con Dios y con los otros, tenga la forma y las características que sean (parroquia, comunidad de base, grupo de barrio, movimiento...), se da una serie de criterios de comportamiento, tanto en su funcionamiento interno como en lo que emprende en su medio de vida. Pensando en lo que conozco de las diferentes comunidades donde los Hijos ejercen su ministerio, me atrevería a señalar unas constantes en esos criterios, sin pretender ser exhaustivo:

**- Favorecer el aporte armonioso y complementario de lo diverso**

Por ejemplo, de lo masculino y lo femenino, de culturas y orígenes, de ministerios y servicios, etc. Cuidando también, como nuestro último Capítulo nos invita a hacer, de “*ampliar el círculo de aquellos con los que colaboramos, y no temer trabajar con personas o instituciones de la sociedad civil o con otras confesiones religiosas*” (p. 10). Esto es especialmente importante en el mundo actual, fuertemente tentado por el temor y la exclusión del diferente, y

por la afirmación enfermiza de la propia identidad. Un aspecto éste que tiene mucho que ver con el aporte que como religiosos (hombres que apuestan por lo comunitario) podemos hacer. Esto exige, naturalmente, vivirlo coherentemente entre nosotros. Un reto que tenemos permanentemente planteado.

### **- Privilegiar la acogida y la reciprocidad en las relaciones**

Aprender a dialogar con el mundo en el que vive: dando razón de su fe; siendo testigos del amor de Dios en la vida y en la acción cívica; discerniendo los signos del Espíritu en él. Comunidades abiertas a todos los que se acercan, sean cuales sean sus aparentes motivaciones (por ejemplo, una religiosidad popular o unas costumbres religiosas poco reflexionadas, o una necesidad material o espiritual...). La acogida, como primer paso pastoral es esencial, como lo es en toda la actividad de Jesús. Los grupos o lugares de encuentro que se proponen tienen una escala humana, donde es posible una relación interpersonal, entre personas que saben que se necesitan unos a otros (inspirados en Rom. 12, 4-10; 1Cor. 12, 22-24). Grupos que, al mismo tiempo, viven muy conectados con todo lo que ocurre a su alrededor, en el barrio, en el trabajo... La Palabra de Dios solo da fruto en el contagio de las relaciones entre iguales en dignidad.

### **- Nacer juntos a una nueva identidad**

La de hijos e hijas que se saben amados por Dios. Eso supone que el Evangelio llega al núcleo de la persona y de la vida, allí donde se juega la identidad. Estar menos preocupados por ofrecer una doctrina que por tocar y transformar el corazón de las personas. La identidad cristiana no la da una doctrina sino la experiencia de una filiación (“Tú eres mi hijo amado”). La acción pastoral se dirige a las conciencias y a su libertad. La pregunta que la comunidad se hace no es ¿cómo hacer para reclutar? sino: ¿qué está ocurriendo entre Dios y estos hombres y mujeres que encontramos?, ¿cómo llegar a su corazón para que puedan, si lo desean, renacer a una vida con Dios?, ¿cómo Dios está actuando en esta persona? La relación es siempre triangular: él o ella – yo o nosotros – y Dios. De esta forma, la comunidad se “descentra”. Dicho de otra manera, su preocupación no es hacer adeptos sino cómo servir al Espíritu.

### **- El acompañamiento personal y el encuentro grupal**

Formar apóstoles del encuentro, del discernimiento, tanto personal como comunitario, es probablemente uno de los servicios más importantes a realizar hoy en nuestras sociedades tan celosas del yo y tan individualistas, pero tan generadoras de soledad. ¡Cuántas personas hay en nuestros barrios y comunidades que piden, de una forma u otra, que alguien les escuche, les ayude a ver claro en sus vidas, a discernir con ellas el camino a seguir! Todo apóstol, todo pastor (sacerdote o seglar), debería formarse expresamente en el arte del acompañamiento. No para ser forzosamente “expertos”, pero sí acogedores, con un mínimo de “psicología”, hombres de meditación, conocedores de cómo Jesús acompaña y actúa en el evangelio, de las preguntas que se plantean nuestros contemporáneos, poniendo todo ello en relación en la oración y en la reflexión, ... Todo grupo de reflexión e intercambio debería jugar de algún modo también ese papel. Naturalmente, eso exige hacer opciones en cuanto a la disponibilidad de tiempo y a la cantidad de actividades, así como al tipo de acciones que se privilegian.

### **- Lo que la comunidad cristiana propone es el Evangelio, la Palabra de Dios**

Centralidad, por tanto, de la Palabra de Dios. Dejarla que haga su labor. Ponerse a su servicio,

para que sea escuchada y entendida. Proponerla de forma amplia, intercambiar en torno a ella, dejándose afectar por ella... hasta la oración. Ayer como hoy, solo la Palabra de Dios puede abrir “las puertas de la fe”. Quizás ha sido este uno de los mayores aportes del Vaticano II.

### **- Celebrar la acción de Dios en la historia**

La eucaristía está en el centro de la comunidad cristiana. Cuando es cuidada y bien celebrada, desarrolla en ella el sentido de la gratuidad, de la fiesta, de la alabanza, de la belleza y del compromiso. Cuando los otros aspectos a los que me he referido se viven en una comunidad, la celebración litúrgica adquiere un contenido y una hondura muy especiales: cada cual se siente implicado y trae a la celebración su vida y la vida del mundo, hay una experiencia comunitaria de Dios, hay alabanza y canto, que ensanchan el corazón. La eucaristía es entonces un verdadero hogar, donde nadie está solo, donde se percibe la presencia del Señor, que da ánimo y esperanza.

### **- Acompañar a creyentes siempre en camino**

¿Qué quiero decir con esto? Que el deber del pastor no es empezar haciendo un examen de ortodoxia o de buena conducta a aquellos a los que está llamado a servir, sino comprender cuál es su inquietud y ofrecer los medios adecuados para que cada cual continúe avanzando en la fe. Son muchos los hombres y mujeres en los que está creciendo, consciente o inconscientemente, la semilla del Reino de Dios. Como dice Jesús, “sin que sepamos cómo”. El pastor está al acecho de los signos del Reino, estén donde estén, para ayudar a que sigan fructificando. Como recuerda la *Gaudium et Spes*: “*En todos los hombres de buena voluntad actúa la gracia de modo invisible... En consecuencia, debemos mantener que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, de un modo conocido sólo por Dios, se asocien a este misterio pascual*” (n° 22 §5). Jesús encuentra a mucha gente, a los que ese encuentro transforma, cuya fe alaba (por ejemplo, la pagana sirofenicia o el centurión), pero que no forman parte del primer círculo de discípulos, ni sabemos qué fue de ellos. Otros, en cambio, buscan compartir la vida y la misión con él. A estos, les pregunta qué piensan de él, les educa y les envía en su nombre. Son los discípulos. Pero, todos los encontrados por el Señor son tenidos en cuenta, todos son acompañados, todos son trabajados por el Espíritu. Forman una “comunidad” de fronteras amplias y móviles.

## **III. Algunas llamadas de atención para nuestra vida religiosa**

A la luz de estas reflexiones, y teniendo en mente las orientaciones de nuestro último Capítulo, me permito hacer unos subrayados. Os invito a reflexionarlos en común y sacar vuestras propias conclusiones, de acuerdo con la experiencia de cada equipo.

### **1. La oración y la meditación de la Palabra de Dios.**

¿Es necesario subrayarlo una vez más? Quien nos reúne es el Señor. ¿Qué tiempo -en cantidad y en calidad- dedicamos a interiorizar su Palabra y a contemplar su persona? En soledad, naturalmente, pero **sobre todo comunitariamente**, que es lo que nos identifica como religiosos. Algunos equipos siguen teniendo dificultades en este aspecto fundamental de nuestra vida. Nos lo decimos mutuamente a menudo, y lo predicamos más a menudo aún: toda acción pastoral y apostólica se nutre en esa fuente, sin ella, pierde contenido, calidad,

pertinencia humana y cristiana, y nuestra vida se “desintegra”. Ningún frenesí en la acción llenará ese vacío.

Recientemente se lo recordaba en una carta a los escolásticos del Instituto, a veces desbordados por bastantes actividades, pero creo que es válido para todos nosotros: *“la relación con Dios en la oración de contemplación no es una cosa más, sino que es lo que va a permitir que se haga la unidad en el conjunto. Es ahí donde el espíritu, la cabeza, el ser entero, va a prepararse para acoger al Señor, presente en todos los aspectos de vuestra vida: estudios, pastoral, vida comunitaria, relaciones de todo tipo. Es el eje en torno al cual todo se unificará, todo encontrará su lugar. La oración contemplativa, desnudos ante la Palabra de Dios, haciendo el silencio y el vacío en nuestro interior, con una actitud de acogida, de pasividad, para que la Palabra nos modele, es la base de nuestra vida de religiosos. Si en esta etapa de la formación no adquirís el hábito, os arriesgáis a “des-integraros”...”* El P. Anizan nos libra el mismo deseo ya desde sus primeros años de pastor en Olivet: *“En la oración de meditación cotidiana uniré mi espíritu y mi corazón a Jesucristo, para pensar, desear, amar, lo que él ha pensado, deseado, amado.”* (J.E. Anizan, 1880).

## **2. Religiosos en la Iglesia diocesana.**

Últimamente, tanto nosotros como otros religiosos y pastores de la Iglesia, hemos tomado una mayor conciencia de esta verdad: la vida religiosa forma parte de la Iglesia diocesana y de su misión. Puede parecer algo evidente, pero no por eso es forzosamente bien vivido. Un asunto que me parece especialmente importante en este momento de la vida religiosa y de la Iglesia.

Dicho de manera muy sintética: no somos simplemente pastores de una Iglesia diocesana, que ejercen una serie de responsabilidades (parroquiales o de otro tipo), según la misión dada por el obispo. Somos eso, pero no es eso lo que nos identifica: lo que nos identifica como religiosos es que vivimos una experiencia de Dios en común, a la manera de nuestro fundador, enriquecida por nuestra historia. Eso nos lleva a discernir juntos en cada momento lo que Dios nos pide como pastores y apóstoles de los pobres y los trabajadores allí donde estamos. Ese proceso de discernimiento comunitario culmina en unas líneas de acción expresadas en la misión que el Instituto, por medio de sus superiores, nos pide realizar. En ese discernimiento entra lo que la Iglesia del lugar vive y expresa, puesto que formamos parte de ella. Y la misión que el Instituto nos encarga es asumida por el obispo, que la integra en su proyecto pastoral, sin lo cual éste quedaría empobrecido.

Esto quiere decir que no solo no podemos renunciar a elaborar y plantear unas líneas pastorales como Hijos, sino que tenemos el deber de hacerlo, y hacerlo comunitariamente. A veces puede que sea un pequeño grano de arena en el conjunto de un proyecto diocesano que mayoritariamente insiste en otros aspectos. Tanto más importante es entonces cumplir con nuestro deber de enriquecer la misión de la Iglesia diocesana. Pero, ya comprendemos que eso exige mucho de nosotros, especialmente calidad espiritual, conocimiento de la realidad, reflexión pastoral comunitaria y amor a la Iglesia.

## **3. Juntos.**

Como acabo de subrayar, es lo que nos identifica como religiosos y lo que, por tanto, más se espera de nosotros. Pero, sigue siendo un permanente desaffo. Hay entre los Hijos “excelentes” pastores y apóstoles “entregados”, pero en no pocos lugares continuamos arrastrando una gran

dificultad para serlo juntos. “Juntos” no quiere decir estar todos en todo, sino tomarnos el tiempo de reflexionar, discernir, programar, evaluar y orar nuestra acción comunitariamente. Los “feudos” personales son contradictorios con la vida religiosa. ¿Que es más lento?, ¿que es menos “mío”?, naturalmente. Pero también es más rico, más fecundo y más profético. El Capítulo reconoce nuestra dificultad: *“Todos los Hijos de la Caridad viven sus compromisos con pasión, pero, a pesar de todo, tenemos dificultades para vivir esa pasión juntos, en equipo”* (p. 9) Por eso, *“... invita a todos los Hijos a revisar, personalmente y en equipo, el estado de nuestra fraternidad en el seno de una misión común. Si ocurre que disociamos en la práctica nuestra caridad fraterna y nuestra caridad pastoral, ¿cuáles son las causas?...”* (p. 8)

#### **4. El pensamiento teológico de nuestra pastoral.**

En la carta a los escolásticos a la que he hecho referencia más arriba, les decía también: *“A veces escuchamos decir que los Hijos no están hechos para el trabajo intelectual puesto que su vocación es de pastores. No es cierto. No hay verdaderos pastores ni verdaderos apóstoles si no hay un trabajo intelectual permanente y sostenido. El hecho de que nuestra misión no sea el apostolado de la enseñanza o de la investigación, no quiere decir que hayamos de descuidar el trabajo intelectual. ¿Cómo podríamos comprender nuestra propia fe sin ese trabajo? Y sobre todo, ¿cómo podríamos acompañar y ayudar a crecer en la fe a las personas y las comunidades que nos son confiadas, sin esa inteligencia? ¿Cómo comprender los interrogantes y desafíos que plantea el mundo actual, el pueblo al que somos enviados, sin ese esfuerzo intelectual? ¿Cómo actualizar permanentemente el carisma que el P. Anizan nos ha legado, y que orienta nuestra vida, sin ese esfuerzo? No hay vida espiritual, ni comunitaria, ni pastoral, sin un trabajo intelectual serio.”* El Capítulo, por su parte, nos invita a *“Elaborar un pensamiento teológico a partir de nuestra práctica pastoral”* (p. 10) Es otro de nuestros tradicionales desafíos, que, en contra de lo que se pudiera pensar, forma parte esencial de nuestra caridad pastoral. No es, por tanto, una cuestión de “gusto” personal, sino que tiene que ver con nuestra vocación de Hijos. Otra cosa será la manera como cada cuál lo realiza y cómo cada equipo se organiza para ayudarse mutuamente. Estoy convencido de que nuestra vida con los pobres y el trabajo intelectual serio sobre nuestra acción y misión son, junto con la oración y la fraternidad, lo que nos salvará de la sequedad apostólica y vocacional.

#### **5. Atentos a los signos de los tiempos.**

El Capítulo nos invitaba igualmente a *“Abrir campos apostólicos nuevos o más urgentes, relacionados con las evoluciones de nuestras sociedades, tales como: los emigrantes, los marginados, las relaciones hombre-mujer, los desempleados, los jóvenes, que forman a menudo parte de los pobres de nuestro pueblos... Son realidades que viven todos nuestros continentes, y que exigen de nuestra parte una formación adecuada. Otros campos, más internos a la Iglesia, siguen abiertos: la formación de la fe, la relación con otras religiones..., los cuales nos exigen ser igualmente rigurosos.”* (p. 10) En definitiva, lo que el Capítulo nos pide es que nos mantengamos alerta para descubrir en cada momento y lugar los desafíos apostólicos más importantes, y que nuestra caridad pastoral sea creativa, de acuerdo con nuestros medios y posibilidades.

Con ocasión del Año Anizan, que acabamos de celebrar, me permití subrayar tres desafíos especialmente importantes que están movilizando hoy nuestras energías pastorales: ***“La pobreza creciente, que produce violencia y aplasta a multitud de trabajadores y pequeños de***

*nuestros barrios. La acogida del otro, del diferente, del extranjero, para aprender a vivir y crecer juntos. La ausencia de un Dios amor y misericordia de la conciencia de muchos de nuestros contemporáneos. Tres desafíos estrechamente ligados” (Homilía de clausura en el Encuentro de Lourdes).*

Los sigo considerando prioritarios, pero, si tuviera que designar un sector de nuestro pueblo en el que enfrentar hoy especialmente esos tres retos, no dudaría en decir que son **los jóvenes**. Es urgente poner en marcha o mejorar en cada uno de nuestros lugares una sistemática y colectiva pastoral de jóvenes, con nuestra espiritualidad y nuestro estilo pastoral de Hijos. No hemos de tener miedo de afirmar y desarrollar una pastoral juvenil acorde con nuestras orientaciones, las cuales incluyen, como queda dicho más arriba, un trabajo en red con otros. Pero, aportando, en este campo como en otros, nuestro grano de arena a la misión de toda la Iglesia.

Concluyo poniendo nuestra caridad pastoral en manos de María, rogándole que nos ayude a entrar sin reservas en el corazón de su Hijo, único modelo y único buen pastor. Que nos ilumine para hacer de nuestra caridad pastoral un “encuentro entrañable y fecundo con el Señor y con los otros, especialmente con los pobres y trabajadores”.

París, marzo de 2009

*José Miguel Sopena  
Superior General*



**Consejo General Hijos de la Caridad**  
10 rue Louis Blanc 75010 Paris Francia  
Tel : 00 33 (0)1 42 01 95 27 Fax : 00 33 (0)1 42 01 3150

[www.filsdelacharite.org](http://www.filsdelacharite.org) secretariat@filsdelacharite.org